

Artículos

Trabajos Universitarios

La mujer en el Nuevo Testamento

Samuel Gil Soldevilla

Editado por:

Aula7activ@

Edita

Aula7activ@

Diseño gráfico y maquetación: Esther Amigó Marset

Aula7activa-AEGUAE

Barcelona

Tel.: +34 616 754 880

E-mail: info@aula7activa.org

Web: www.aula7activa.org

Todos los derechos reservados. Se permite la impresión de las publicaciones de www.aula7activa.org solo para uso personal. No está autorizada la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio o procedimiento para su difusión pública, incluidos la reprografía, el tratamiento informático y su difusión por Internet, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Los archivos informáticos de las publicaciones electrónicas no pueden ser manipulados bajo ningún concepto.

© 2009, Samuel Gil Soldevilla

© 2009, Aula7activa-AEGUAE, de esta edición en español para todo el mundo.

Aula7activa no se hace responsable de las opiniones expresadas en esta obra.
El texto publicado expresa exclusivamente la opinión de su autor.

La mujer en el Nuevo Testamento

Samuel Gil Soldevilla
Seminario Adventista Español
Sagunto, Valencia

Resumen:

En un contexto en el que los derechos de la mujer se encuentran limitados y vinculados a su pasado horizonte cultural, sin vida pública, recluida en su casa donde actuaba como si de una sirvienta se tratase, y relegada social y religiosamente; aparece Jesús con un trato exquisito hacia ellas, revolucionario en sus palabras y acciones, devolviendo a la mujer el estado de igualdad recibido por Dios en la creación. Estas, con una constante y reconocida actividad dentro de la incipiente iglesia, Pablo afirmará que ya no hay hombre ni mujer en Cristo; ante él todos somos uno.

Summary:

In a context in which woman rights are limited to their cultural horizons, without a public life, imprisoned to their homes where they would be treated like a servant maid would, and relegated socially and religiously; Jesus appears, treating them exquisitely, revolutionizing in his words and actions, restoring woman the state of equality that which God first had for her since creation. With a continuously and honorable activity within the beginnings of the Church, Paul affirms that there is no woman or man; before Christ we are one.

Palabras clave: mujer, relegada, Jesús, restaurar, imagen, Pablo.

Key words: woman, to restore, Jesus, image, Paul.

Sumario

Introducción.....	2
La situación de la mujer.....	2
Vinculada a su pasado horizonte cultural.....	3
Sin vida pública en Palestina.....	4
Esponsales y matrimonio: honor y vergüenza.....	5
En la familia: la vida conyugal.....	5
Relegada social y religiosamente.....	6
Actitud de Jesús con las mujeres.....	7
En sus parábolas.....	8
Palabras frescas, toques restauradores.....	9
Seguidoras de Jesús.....	11
La presencia de la mujer en la iglesia primitiva.....	13
Activas y trabajadoras.....	13
1 Corintios 11: 3-13 y 1 Timoteo 2: 11-12.....	15
Gálatas 3: 28.....	17
Conclusión.....	18
Bibliografía.....	19

Introducción

Nunca ha sido un tema sencillo hablar de mujeres, sus tareas, sus derechos, etc. A pesar de tal cosa, muchos han sido, y desgraciadamente son, los que hablando desde la altiveza de su corazón se atreven a promulgar falacias que vacían de sentido la vida de estas. Trágicamente algunos se frotan las manos cuando escuchan las palabras mujer, deberes y Biblia, asociando estos conceptos a un machismo irracional sobre el que fundamentar sus posiciones antibíblicas, y acogiendo a algunos textos que tamizados por la visión prejuiciosa del que lo lee, hacen las delicias de aquellos que postulan el carácter retrógrado de la Biblia.

En el estudio que presentamos, proponemos realizar un análisis atento sobre el papel de la mujer, centrándonos en el período neotestamentario, demostrando cómo tales posiciones retrógradas no caben en la palabra de Dios y dejando que sea ella misma la que conteste. No pretendo hacer un estudio exegético de los textos bíblicos, que sobrepasarían mis posibilidades y el objeto del artículo, ni tampoco permanecer en el simple escalón de describir la situación de inferioridad femenina en tal período, sino recoger los datos más relevantes que atestiguan cuál es el verdadero papel de la mujer y cómo Dios encarnado procura restituir su imagen igualitaria respecto al hombre, la cual se había perdido.

Primeramente haremos un recorrido social y de contexto sobre la situación de la mujer, deteniéndonos en su vínculo con su pasado cultural del Antiguo Testamento; atravesaremos su vida pública, matrimonial y familiar destacando cómo su posición gira entorno a la vida en la casa, inicialmente supeditada a su padre y más tarde a su esposo; para concluir observando cómo la mujer se convierte en un ser relegado social y religiosamente, cuyo destierro de la vida es salvado en el caso de tener un hijo.

En el segundo apartado, serán las esperanzadoras sentencias y acciones del propio Jesús las que den respuesta a ese contexto en el que la mujer se desarrolla sometida, y entenderemos cómo esas palabras frescas nos indican el verdadero valor de la mujer, devolviéndole la imagen perdida a lo largo de los siglos. Veremos cómo fueron seguidoras en su ministerio, testigos de la muerte y anunciadoras de la vida nueva.

En el último apartado, será interesante conocer el papel que adquiere la mujer en la incipiente iglesia y cómo ejercían labores importantes dentro de esta. Revisaremos dos textos conflictivos del corpus paulino que se encuentran en 1 Corintios y 1 Timoteo. Finalizaremos con Gálatas 3: 28 cuya razón de ser proclama la igualdad en Cristo de todos los creyentes, ya sean hombres o mujeres.

La situación de la mujer

Vinculada a su pasado horizonte cultural

No podemos entender el escenario judío de la mujer del siglo I sin tener en cuenta que este se encontraba sometido a su pasado horizonte cultural desarrollado en el Antiguo Testamento. No nos atañe discutir sobre la situación de la mujer en este período, pero sí es necesario reconocer que la actitud que se tenga en el siglo I frente a la mujer estará totalmente vinculada a la que se tenía anteriormente. En este sentido, la visión sobre el sexo femenino neotestamentario sigue sujeta a los códigos de Israel y a sus leyes dadas principalmente en Levítico y Deuteronomio. No podemos olvidar que el judaísmo es un movimiento encuadrado en el conservadurismo, a pesar de no ser uno solo, sino varias percepciones del mismo; y que en tal movimiento son los ancianos, los saduceos y los

fariseos los que dirigían al pueblo desde el Sanedrín, siendo estos estrictos observadores de la ley escrita, la Torá; y los fariseos, además, de la ley oral. Lo que quiero decir con esto es que hay una total dependencia de las leyes mosaicas, y la situación femenina será dictaminada por tales, a pesar de las respuestas que el Maestro Jesús impartía.¹

De esta manera, la condición de la mujer continúa quedando supeditada a su función maternal y su posición es siempre de inferioridad con respecto a los varones. Para hacernos una idea muy gráfica de tal hecho, si José hubiera asumido la posición con que lo presentan muchos artistas, caminando al lado del borrico que llevaba a María, hubiera sido el hazmerreír de sus coetáneos.²

Tal contexto, por desdichado que parezca, era así. El orden social dominante ponía al padre sobre el hijo, al varón sobre la mujer, al rico sobre el pobre, al sano sobre el enfermo, etc.³ En contra de esto, veremos la respuesta de Jesús.

Sin vida pública en Palestina

En Oriente, y por tanto también en la cultura judía, la mujer no participaba en la vida pública. Además, estas debían pasar inadvertidas en público y las reglas de la buena educación prohibían encontrarse a solas con una mujer, mirar a una mujer casada e incluso saludarla. Más tarde descubriremos cómo actúa Jesús frente a este dato concreto.

No solo se la limitaba en cuanto a sus acciones exteriores, sino que cuando la mujer salía de su casa en Jerusalén debía hacerlo con la cara cubierta con un tocado que comprendía dos velos sobre la cabeza, una diadema sobre la frente y una malla de cordones y nudos; así, no se podía ni reconocer los rasgos de su cara. La mujer que no cumplía con esta norma ofendía hasta tal punto las buenas costumbres, que su marido tenía el derecho, incluso el deber, de despedirla. Se prefería que la mujer, especialmente la joven antes de su matrimonio, no saliese. Así lo afirma Filón en uno de sus escritos: «Las jóvenes deben estarse en los aposentos retirados, poniéndose como límite la puerta de comunicación, y las mujeres casadas, la puerta del patio como límite.»⁴

Ante tales normas, algunos autores realizan una distinción entre las mujeres de bajo rango, y las mujeres de elevado rango que estaban rodeadas de servidumbre, principalmente por razones económicas. En este entorno, la mujer debía ayudar a su marido en su profesión, y aquí, las normas no eran tan estrictas como en ambientes más inferiores.

También es cierto que las mujeres que desarrollaban su vida en el campo no observaban la costumbre de velarse la cabeza como en la ciudad. Sin embargo, sí que era poco corriente que un hombre hablase con una mujer extraña.⁵ Así, el espacio de movimiento de la mujer en Palestina se limitaba por tanto a la casa, con una orientación interna.

Fuera de tal paisaje se encuentra la mujer en Roma, la cual gozaba de una rica vida pública y se halla en un espacio mucho más libre y desinhibido. Asistía a banquetes, comía, bebía y reía, participaba en actividades lúdicas e incluso en ciertos casos la mujer

¹ Marcos 10: 5.

² GOWER, Ralph. *Usos y costumbres de los tiempos bíblicos*. Grand Rapids (Michigan): Editorial Portavoz, 1990, p. 58.

³ PIKAZA, Xavier. *Diccionario de la Biblia: Historia y Palabra*. Estella: Verbo Divino, 2007, p. 678.

⁴ JEREMÍAS, Joachim. *Jerusalén en tiempos de Jesús*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1985, p. 372.

⁵ Juan 4: 27.

podía divorciarse de su marido, aunque generalmente era el hombre el que solicitaba tal derecho.⁶

Esponsales y matrimonio: honor y vergüenza

Antes de llegar a los esponsales o posteriormente al matrimonio, la *potestad del padre* sobre la hija era tremendamente grande. Hasta los doce años y medio, la menor no tenía derecho a rechazar el matrimonio decidido por su padre e incluso este podía venderla como esclava. Pero tras esta edad, los esponsales no podían ser decididos sin su previo consentimiento. A pesar de este avance en la autonomía femenina al pasar los doce años y medio, el padre era quien debía pagar la dote matrimonial, y por tanto, su decisión tenía más eco que los intereses o gustos de la joven.

Ya en el siguiente estadio, los *esponsales*, que precedían a la petición en matrimonio y a la estipulación del contrato matrimonial, significaban la adquisición de la novia por el novio, conformando así un matrimonio válido tras pasar del poder del padre al del esposo; la prometida ahora se llama “esposa”, y ya legalmente podía quedar viuda, ser repudiada mediante un impreso de divorcio y condenada a muerte en caso de adulterio.⁷

A este respecto, en el *matrimonio*, la esposa quedaba integrada en el honor del esposo. Ella, a su vez, simbolizaba la vergüenza de la nueva familia. Honor y vergüenza son dos términos puramente enraizados en el mundo mediterráneo judío que nos interesan en tanto en cuanto ofrecen una imagen más clara de la situación de la mujer. Para razonarlo, habrá que entender el honor dentro de un marco puramente masculino, orientado hacia afuera con los siguientes rasgos: autoritario, sexualmente agresivo, defensor del honor familiar, interés por el prestigio y precedencia, atrevimiento y audacia. Mientras que para la mujer, el concepto será no de honor sino de vergüenza, orientado hacia adentro: no recuperado una vez perdido, sexualmente exclusiva, sumida a la autoridad masculina, deferencia, timidez y moderación.⁸ De nuevo vemos cómo el eje femenino gira entorno a una vida en la casa.

En la familia: la vida conyugal

Sin dejar a un lado el parentesco, la novia no quedaba integrada en la familia del esposo, sino que permanecía la mayor parte de su vida en la periferia. Esta no espera de él compañerismo o consuelo, normalmente, era una “extraña” en la casa. Además, así como la vida en el mundo mediterráneo estaba de tal modo organizada que los hombres y las mujeres se movían en círculos exclusivos que podían tocarse pero nunca coincidir, también el matrimonio era una fase de contacto entre círculos masculinos y femeninos, donde no se esperaban ni siquiera coincidencias parciales. En este sentido, la única seguridad que podía recibir era la que le confería tener un hijo, y la mujer tan solo encontraba apoyo seguro en sus parientes de sangre (por ese motivo en algunas ocasiones se practicaba la endogamia y todo el proceso visto se desarrollaba dentro de la familia, confirmando más confianza a la joven).

⁶ MAÑAS NUÑEZ, Manuel. «Mujer y Sociedad en la Roma imperial del siglo I». *Revista de Historia*, 2003, vol. 16, p. 194-195.

⁷ JEREMIAS, Joachim, 1985, p. 376.

⁸ MALINA, Bruce J., 1995, p. 72, Figura 3.

En la *vida conyugal* el marido tenía que asegurarle alimentación, vestido y alojamiento. Los deberes de la esposa consistían en atender primariamente a las necesidades de la casa: moler, lavar, cocinar, amamantar, lavarle la cara a su marido, las manos y los pies. Es clara la situación de sirvienta de la mujer, la cual debía tener obediencia total hacia su marido, llegando a ser esta obediencia un deber religioso.⁹ Si en este contexto la mujer no tenía hijos podía ser repudiada o sino, su marido podía tomar una segunda mujer, y la carencia de estos era considerado como una terrible desgracia, un castigo.

Relegada social y religiosamente

Así vemos una unidad familiar y de parentesco muy limitada, guiada por unas normas establecidas en función al honor y la vergüenza de las familias, en la que la mujer gozaba de exigua palabra. La figura de la mujer se ve incorporada al hombre, y nunca al revés.

Incluso desde el punto de vista religioso, la mujer del Nuevo Testamento estaba sometida a todas las prohibiciones de la Torá y a todo el rigor de la legislación civil y penal, comprendida hasta la pena de muerte. Las escuelas eran exclusivamente para los muchachos y no para las jóvenes. Sus derechos religiosos estaban limitados, y según el historiador judío Flavio Josefo, estas solo podían entrar en el templo al atrio de los gentiles y al de las mujeres, aunque en período de impureza, ni siquiera eso. Tal inferioridad se refleja bien en una de las oraciones diarias que rezaban y decía así: «Alabado sea Dios por no haberme hecho mujer».¹⁰

Desterrada del estudio de la Escritura, confinada a un patio especial para ellas en el templo y limitada en la sinagoga a escuchar. E. Bautista resume así su triste condición:

«La mujer judía de los tiempos de Jesús: sin derechos, en eterna minoría de edad, repudiada por su marido, confinada en la casa y con muy escasas posibilidades de mantener contactos sociales, alejada del templo en determinados días a causa de las leyes de pureza ritual, y relegada en todo momento a un recinto especialmente señalado para ella en el templo y fuera del atrio de la casa de Israel, sin derecho a la enseñanza de la ley, y por tanto incapaz de merecer; la mujer judía, pobre, pecadora y pequeña, se encontraba en una situación que la constituía en un paradigma de marginación.»¹¹

Solo partiendo de este trasfondo de la época podemos apreciar plenamente la postura de Jesús ante la mujer.

Actitud de Jesús con las mujeres

Jesús va a imprimir un nuevo sentido a este contexto en el que se desarrolla su ministerio. Jesús va a restaurar la imagen de la mujer que había sido desfigurada por la dureza del corazón de los hombres.¹² Jesús va a introducir pensamientos que rompen radicalmente con la tradición judía y con el paisaje que previamente hemos analizado. Su paso por este mundo no es el de un rabino o maestro de la Ley cualquiera, sino que desafiando a mentes prisioneras de sus propias ideas, contendrá con más que palabras y acciones a un horizonte que como vemos, brillaba por su anclada ceguera espiritual que mantenía a la

⁹ JEREMIAS, Joachim, 1985, p. 380.

¹⁰ *Ibíd.*, n. 151, p. 386.

¹¹ BAUTISTA, E, 1993, p. 52.

¹² Mateo 19: 7-8.

mujer en un estado de “coma” mental, social y religioso. Este Jesús, «...viene a proclamar la buena nueva a los pobres, a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, a poner libertad a los oprimidos...» (Lucas 4: 18-19), entre los que se encuentran sin duda las mujeres.

En contra de todo contexto, tradición, paisaje y horizonte, la actitud de Jesús con las mujeres es un acontecimiento sin precedentes en la historia.¹³

La actitud central del Jesús con las mujeres es una visión de ellas como personas hacia las cuales él había venido. Él las miraba no en términos de sexo, edad o estado matrimonial, sino en términos de hermanos, hermanas y madre¹⁴ Así Jesús identifica como sus discípulos a los miembros de su familia, a cualquier persona, hombre o mujer, que trabaja y hace la voluntad de Dios. En este sentido veremos y más tarde analizaremos cómo Pablo proclamará una sentencia lapidaria: «Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gálatas 3: 28).

El valor que Jesús reescribe en las mujeres también se plasma en sus enseñanzas sobre el divorcio. Las mujeres no son objetos que pueden ser devueltos por “cualquier causa”; más bien son personas diseñadas por el Creador y puestas en una sagrada relación matrimonial en la cual ningún hombre tiene el derecho de “repudiarla”.¹⁵⁻¹⁶

En sus parábolas

Constantemente Jesús utilizaba las parábolas como método de enseñanza, y en este punto no se olvidaba de las mujeres a las cuales presentaba en actividades ordinarias.

Recurrió a ellas en la parábola de las diez vírgenes en Mateo 25: 1-13, asemejando la situación de espera del novio a la venida del Reino de Dios, pidiéndonos prudencia y sabiduría ante su pronto regreso del cual ni el día ni la hora se conoce. Utilizó la figura de una mujer que buscaba la moneda perdida en Lucas 15: 8-10, haciendo un paralelo entre la alegría de esa mujer por encontrar esa moneda y el gozo del cielo por un pecador arrepentido. También se refirió a ellas mediante la parábola de la viuda y el juez injusto en Lucas 18: 1-8, en la que una persistente mujer se enfrenta a un juez sin escrúpulos, enseñando la necesidad de orar siempre y no desmayar. Se registra en Lucas 4: 25-26 la historia de Elías y la viuda de Sarepta hacia la cual fue enviado. Mateo 13: 33 nos cuenta la parábola en la que una mujer toma levadura y la esconde en tres medidas de harina hasta que queda leudado, asemejándolo al reino de los cielos. Una pobre viuda en Marcos 12: 41-44, quien da su última moneda echando así todo su sustento a la ofrenda es el ejemplo mediante el cual Jesús ilustra que la medida de Dios sobre nuestra devoción no es por el tamaño de nuestro don, sino por el mandato de nuestro corazón.

Los Evangelios también se hacen eco de otras referencias a mujeres, aunque ya no en el sentido de parábolas, como es el caso de la madre de Jacobo y Juan en Mateo 20: 20-23, Marta y María en Lucas 10: 38-42 o la mujer que alaba a Jesús en Lucas 11: 27. Incluso en Juan 16: 21 Jesús hace referencia a las mujeres cuando están de parto, apreciando y reconociendo las experiencias y reacciones de las mujeres. También el rechazo del adulterio mental en Mateo 5: 27 sugiere que Jesús está contra la objetivización de la mujer

¹³ JEREMIAS, Joachim, 1985, p. 387.

¹⁴ Mateo 12: 49-50.

¹⁵ Mateo 19: 3-6.

¹⁶ BACCHIOCCHI, Samuele. *Women in the Church: A Biblical Study on the Role of Women in the Church*. Michigan: Biblical Perspectives, 1987, p. 47.

por parte del hombre, aunque, evidentemente, el sentido principal del dicho tenga más directa relación con el adulterio del cual Jesús también discutió en repetidas ocasiones con los líderes judíos.

Contrariamente a las maneras rabínicas las cuales generalmente obviaban mencionar a las mujeres en sus enseñanzas, Jesús lo hace con continuidad y siempre en un sentido positivo, ilustrando los principios de Su reino.

Palabras frescas, toques restauradores

Sin embargo Jesús va mucho más allá de las enseñanzas y parábolas, y se encamina a la pura pragmática que revela la posible conjunción entre teoría y praxis. Jesús se presenta más que como un gran predicador, como un gran hombre que pone en práctica y movimiento los principios que cree e imparte. De esta manera los Evangelios nos ofrecen gran cantidad de momentos en los que las mismas manos que se movían en el aire ejemplificando las palabras frescas que salían de la boca de Jesús, se transformaban en unas manos cuyo toque restaurador hacía que leprosos y ricos, hombres y mujeres, fariseos y prostitutas quedasen limpios de sus pecados.

Jesús no tiene reparo en hablar en público e instruir a la samaritana del pozo de Juan 4: 27, pese a la costumbre que al principio del artículo comentábamos de no hablar con mujeres extrañas, y añadiendo que esta era samaritana e inmoral; pero Jesús rehúsa de cumplir tales restricciones de convenios culturales, revelándole así su misión mesiánica. En su conversación Jesús considera a la mujer como capaz de comprender la profundidad teológica de los conceptos de “agua viva” (4: 10), el correcto lugar de adoración (4: 21) y la espiritual naturaleza de Dios (4: 24). Es curioso que sea a una mujer a la cual Jesús, en el Evangelio de Juan, se revele así mismo como el Mesías;¹⁷ además esta misma mujer más tarde hablará a todo el pueblo de ese Jesús como el Mesías y muchos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer que daba testimonio (4: 39). Más allá se deja tocar el manto por una mujer, que desde hacía doce años padecía de flujo de sangre, a pesar de su estado de impureza continuo en Marcos 5: 25-34. Cura en el día del sábado a una mujer encorvada y la llama «hija de Abraham» en Lucas 13: 10-16, siendo este título comúnmente usado para enfatizar el valor de un hombre como miembro de una comunidad.¹⁸ Se registra en Juan 8: 3-11 el momento en el que Jesús impide que una mujer adúltera sea apedreada, como exigían sus acusadores, y le dirige unas palabras de aliento y de confianza que le devuelven la vida. Jesús se deja besar los pies y ungir con perfume por una mujer pecadora, con gran escándalo del fariseo que lo invitó y de los demás comensales en Lucas 7: 36-50, la cual tras secar los pies del Maestro con sus cabellos es perdonada y salvada. Marcos 1: 29-31 nos cuenta cómo Jesús cura a la suegra de Pedro y la coge por la mano. Se deja ungir la cabeza en Betania, en casa de Simón el leproso, con un perfume carísimo y defiende a la mujer que realizó aquella acción en Marcos 14: 3-9; al final del relato Jesús proclama unas palabras que definen su figura y misión: «de cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que esta ha hecho, para memoria de ella», vinculando la memoria de Jesús con la acción de esta mujer, que aparece así como expresión y testimonio vivo de lo que más tarde significará la muerte y resurrección de Cristo.¹⁹ La fe de una mujer cananea que sigue a Jesús hace mediante el poder de este que su hija sane,

¹⁷ *Ibíd.*, p. 48.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 47.

¹⁹ PIKAZA, Xavier, 2007, p. 676.

tal y como se cuenta en el episodio de Mateo 15: 21-28. Concluyendo este apartado, incluso Juan el Bautista había predicado y bautizado a mujeres, tal y como se refleja en Mateo 21: 32, preparando el camino a Jesús hasta en la relación que se debía tomar respecto a las mujeres. Jesús no se contenta con colocar a la mujer en un rango más elevado que aquel en que había sido colocada por costumbre; en cuanto Salvador enviado a todos, la coloca ante Dios en igualdad con el hombre.

Es así como gran cantidad de mujeres son recibidas por Jesús, que atiende sus necesidades dándoles un trato lleno de compasión y restauración. Si puede obrar así es porque exige una actitud limpia ante la mujer, actitud que vence al deseo: de nuevo Mateo 5: 28.²⁰ Mediante sus acciones Jesús pretende demostrar la igualdad a la que deben ser sometidos hombres y mujeres por el simple hecho de ser hijos de Dios. Sus miradas eran tan cercanas tanto para hombres como mujeres, sus palabras tan frescas tanto para unos y para otras, y sus toques tan restauradores que no distinguían entre ellos y ellas. Él las recibe como plenas participantes de las bendiciones del pueblo de Dios.

Seguidoras de Jesús

Hay cuatro períodos significativos en la vida de Jesús: su nacimiento, su ministerio, su muerte en el Calvario y su resurrección. Cuatro momentos necesarios todos ellos para realizar la obra que desde el cielo se había planeado; y es precisamente en estos cuatro momentos donde la Biblia se detiene y nos describe lo que sucedía, qué le rodeaba, quién le acompañaba. Desde el principio hasta el fin las mujeres ocuparon un lugar importante en estas situaciones las cuales merecen ser analizadas desde el punto de vista en el que nos encontramos.

El Señor del universo quiso nacer de una mujer,²¹ María, virgen y madre. Esta encarna el ideal de mujer, pues ella dio **nacimiento** al príncipe de la vida.²² Elegida por Dios lo siguió en su ministerio, pasión y más tarde se reunió con los discípulos y más mujeres.²³ Pero lo que nos interesa es que desde su nacimiento una mujer fue la que más contacto tuvo con él, procurándole una buena y consagrada educación, y guardando todas estas cosas en su corazón;²⁴ mientras Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres.

Ya en su **ministerio**, el rol que algunas mujeres tomaron fue absolutamente único. Después de que Jesús sanara a la suegra de Pedro, «ella vino y los servía», tal y como dice en Mateo 8: 15. Mucho más trascendente que este hecho, es el registrado en Marcos 15: 41 donde se habla de un grupo de mujeres seguían constantemente a Jesús. También Marta es nombrada en dos ocasiones prestando su servicio a Jesús en Lucas 10: 40 y Juan 12: 2. El verbo griego usado en todos los ejemplos es *diakonéō* [διακονέω] que es traducido como “servir” o “ministrar”. Este verbo tiene la especial cualidad de indicar un servicio muy personal proporcionado a otro; de hecho, de ahí deriva nuestra actual palabra ‘diácono’. El servicio personal y dedicado que las mujeres ofrecían a Cristo incluía la preparación y el servir la comida, especialmente desde que el sentido original de *diakonéō* se entendía como “esperar en la mesa”.²⁵ Pero ante todo esto, quizás el aspecto más

²⁰ JEREMIAS, Joachim, 1985, p. 387.

²¹ Gálatas 4: 4.

²² LEÓN-DUFOUR, Xavier. *Vocabulario de teología bíblica*. Barcelona: Herder, 1996, p. 570.

²³ Lucas 1: 26-56, Juan 2: 1-5, Juan 19: 25-27, Hechos 1: 14.

²⁴ Lucas 2: 51.

²⁵ BACCHIOCCHI, Samuele, 1987, p. 50.

interesante es la relación de Cristo con este grupo de mujeres que le seguían junto con sus discípulos. Lucas provee esta descripción:

«Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios. Lo acompañaban los doce y algunas mujeres que había sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena de la que había salido siete demonios, Juana, mujer de Chuza, intendente de Herodes, Susana y otras muchas que ayudaban con sus bienes.» (Lucas 8: 1-3).

Este es el único pasaje de los Evangelios el cual nos habla de cómo Jesús y sus discípulos vivían cuando ellos no estaban hospedados en la casa de alguien. Es notable que en los viajes de Jesús se incluya a un grupo de mujeres que van detrás de los doce discípulos y además, cada uno de los escritores sinópticos refleja por nombre a algunas mujeres.

Recordando lo dicho en las primeras páginas y puesto en confrontación a lo ahora comentado, resulta apasionante cómo en el tiempo en el que se desarrollan estos hechos, en el que la mujer aparecía en público solo cuando era absolutamente necesario, debía resultar escandaloso ver a un grupo de mujeres seguir a un rabino. Ya de por sí era extraño ver a un maestro seguido en sus viajes por un gran grupo, pero verlo seguido de mujeres nos debe hacer reflexionar en que Jesús aceptaba la presencia de ambos sexos, y el servicio de esas devotas mujeres muestra que las acciones de Cristo no estaban condicionadas por las costumbres de sus días.

La **crucifixión** supone el momento especial del plan divino, y en ese momento las seguidoras de Jesús no huyeron tras su prendimiento, sino que permanecieron en Jerusalén para asistir a la ejecución y al entierro del Maestro. Camino del Calvario salen al encuentro de Jesús algunas mujeres, llorando, mostrándole su amor y su ternura.²⁶ Ya en el Calvario, contempla aquella escena de dolor y de escarnio el grupo de mujeres que le habían seguido desde Galilea.²⁷ Ellas siguieron a Jesús a la cruz y a su cuerpo hasta el sepulcro. Cuando las mujeres vuelven a la tumba después del *Sabbat* para colocarle las especias aromáticas que habían preparado,²⁸ ellas tuvieron el honor de difundir las buenas noticias de que el cuerpo no estaba y Jesús había **resucitado**. El hecho de que fuese a una mujer, a María, a la que primero se mostrase resucitado es un dato notable y más cuando a esta se le expresa el mandato de anunciarlo a los demás discípulos.²⁹ Presentes en su educación, seguidoras en su ministerio, testigos de la muerte y anunciadoras de la vida nueva.

La presencia de la mujer en la iglesia primitiva

Activas y trabajadoras

Las mujeres desarrollaron un visible y activo trabajo no solo durante el ministerio de Jesús, sino en la vida apostólica de la iglesia. Inmediatamente después de la ascensión de Cristo, los discípulos, algunas mujeres y María la madre de Jesús se alojaron en el aposento alto. Estas mujeres no estaban cocinando para los hombres sino que perseveraban unánimes en oración y ruego.³⁰ Las mujeres que había llenado de

²⁶ Lucas 23: 26-30.

²⁷ Marcos 15: 40, Mateo 27: 55-56, Lucas 23: 49, Juan 19: 25-27.

²⁸ Lucas 24: 1-2.

²⁹ Juan 20, Lucas 24: 1-12, Marcos 16:7, Mateo 28: 7-10.

³⁰ Hechos 1: 11-14.

significación un papel en el ministerio de Cristo ahora continuaban su servicio en la vida de la comunidad.

En los Hechos de los Apóstoles se narran los comienzos de la iglesia bajo la acción del Espíritu Santo. La importancia de sus relatos estriba en que los acontecimientos del principio son un paradigma de lo que acontece en las diversas etapas de la vida de la Iglesia; por ejemplo, en el día del Pentecostés todos fueron llenos del Espíritu Santo, y en el discurso de Pedro en Hechos, citando al profeta Joel, decía: «... derramaré mi espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos e hijas profetizarán... y sobre mis siervos y siervas, en aquellos días derramaré mi espíritu, y profetizarán» (Hechos 2: 17-18). Lo que aquí se refiere es válido para toda la historia de la iglesia.

En las reuniones de los primeros cristianos para orar, escuchar las enseñanzas de los apóstoles y partir el pan, las mujeres desempeñaron sin duda un papel importante, entre otras razones, porque las reuniones se tenían con frecuencia en casa de alguna mujer de posición acomodada. Al ser liberado Pedro de la cárcel, se dirige a la casa de María, la madre de Marcos, donde se hallan reunidos los fieles en oración.³¹ En el ambiente griego, Pablo y sus compañeros se hospedan en casa de Lidia, la vendedora de púrpura, después de haberse bautizado ella «y los de su casa»,³² en el que nada se nos dice ni de su marido ni de sus hijos, signo evidente de que la protagonista era Lidia. Otras veces se resaltan las obras de caridad de una mujer, como en el caso de Tabita, «rica en buenas obras y limosnas» (Hechos 9: 36-39). Se mencionan además las cuatro hijas del diácono Felipe, que eran vírgenes y profetizaban.³³ Aquí se trata de un ministerio profético, aunque no se especifica su contenido ni su frecuencia. Priscila y Aquila completan en Éfeso la instrucción cristiana de Apolo, «enseñándole con mayor exactitud el camino de Dios» (Hechos 18: 26). También aquí el nombrar a Priscila antes que a su marido indica que era ella la principal agente de esta instrucción. Lucas anota que «los que creían en el Señor aumentaban más, gran número de hombres y de mujeres» (Hechos 5: 14); y cuando Felipe predica en Samaria también ambos, hombres y mujeres, son bautizados pese a las represalias y la asolación que algunos como Saulo procuraban a la iglesia, entrado casa por casa, arrastrando a hombres y mujeres y enviándolos a la cárcel.³⁴

Pablo también eleva en Romanos 16 una larga lista de agradecimientos en la que aparecen mujeres como Febe, recomendada diaconisa de la iglesia de Cencrea que ha ayudado a muchos; también a María, Trifena, Trifosa, Pérsida, Julia y la hermana de Nereo. Todas ellas fieles seguidoras que no solo realizaban un apostolado a nivel local sino también misionero fuera de sus propias iglesias. Mucha de esta actividad misionera reflejada en el Nuevo Testamento se centra en Pablo y sus compañeros cercanos, algunos de ellos mujeres³⁵ En 2 Timoteo, Pablo recuerda la fe no fingida de Loida y Eunice, abuela y madre respectivamente de Timoteo,³⁶ a quien va dirigida la carta. Por último también se cita a Claudia en la misma carta.³⁷ Y en la carta a los Filipenses a Evodia y Síntique como mujeres que combatieron juntamente con Pablo en el evangelio.³⁸

Diaconisas, misioneras, profetas, caritativas... Estos datos del Nuevo Testamento no son muchos ni excesivamente importantes, pero manifiestan suficientemente que la mujer no estuvo ausente en los comienzos de la evangelización y formación de la Iglesia. Esta

³¹ Hechos 2: 42-46.

³² Hechos 16: 14-15.

³³ Hechos 21: 8-10.

³⁴ Hechos 8: 3.

³⁵ BACCHIOCCHI, Samuele, 1987, p. 57-59

³⁶ 2 Timoteo 1: 5.

³⁷ 2 Timoteo 4: 21.

³⁸ Filipenses 2.

participación supone una nueva dimensión por la mujer. Así Pablo elaboró una teología de la mujer, mostrando en qué sentido se supera y se consagra la división de los sexos.

1 Corintios 11: 3-13 y 1 Timoteo 2: 11-12

Algunos autores consideran a Pablo como inconsistente, arguyendo que unas veces explica sus mejores pensamientos como luego veremos en Gálatas 3: 28, y en otras ocasiones es su duro pasado de entrenamiento y aprendizaje rabínico el que se expresa en sus escritos como en 1 Corintios 11: 3-13 y 1 Timoteo 2: 11-12 –tenemos en cuenta que hay otros textos controvertidos que serían dignos de análisis, pero consideramos suficiente el detenernos únicamente en estos dos por su fuerte relación con el ministerio en la iglesia–.

Ciertos autores ven el texto de Gálatas 3: 28 como normativo, mientras que los otros ven como una descripción o condicionado por el problema de su tiempo histórico.

Si analizamos con atención la primera carta que Pablo escribe a la iglesia de Corinto, de reciente conversión y sometida a tensiones espirituales y morales, seremos capaces de ver más allá que incongruencias en Pablo. Dice así:

³...Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios es la cabeza de Cristo. Todo varón que ora o profetiza con la cabeza cubierta, deshonor su cabeza. Pero toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta, deshonor su cabeza, porque es lo mismo que si se hubiera rapado. Si la mujer no se cubre, que se corte también el cabello; y si le es vergonzoso a la mujer cortarse el cabello o raparse, que se cubra. El varón no debe cubrirse la cabeza, pues él es imagen y gloria de Dios; pero la mujer es gloria del varón, pues el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón; y tampoco el varón fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón. Por lo cual la mujer debe tener señal de autoridad sobre su cabeza, por causa de los ángeles.

Pensamiento
judío de la
época

¹¹ Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer ni la mujer sin el varón, porque, así como la mujer procede del varón, también el varón nace de la mujer; pero todo procede de Dios. Juzgad vosotros mismos...

Pensamiento
en el Señor

1 Corintios 11: 3-13

Pablo no duda en usar su “estrategia de acomodación”, tal y como lo sugiere en el capítulo 9: «...Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la Ley como sujeto a la Ley, para ganar a los que están sujetos a la Ley...» (1 Corintios 9: 19-23). Es importante notar cómo desde el versículo 3 hasta el 11 Pablo refleja el pensamiento judío de la época, no el pensamiento de Dios. Debemos darnos cuenta de ese “pero”, *plēn* [πλήν], que separa ese pensamiento con lo que ahora va a decir, expresando una horizontalidad en cuanto a la diferencia entre hombre y mujer, asegurando la procedencia de ambos de Dios. Además, a Pablo no le interesan tales discusiones, ni entrar en ellas; así lo reflejará en el versículo 13: «juzgad vosotros mismos», y más adelante en el 16 dirá: «Con todo, si alguno quiere discutir, sepa que ni nosotros ni las iglesias de Dios tenemos tal costumbre».

El segundo texto que vamos a analizar se encuentra en la primera carta que Pablo escribe al pastor de la iglesia de Éfeso, Timoteo. En esta, Pablo está preocupado por las

falsas doctrinas y vanas palabrerías que comienzan a introducirse en la iglesia,³⁹ y reclama a Timoteo que dirija a su iglesia con orden, organización y administración: «La mujer aprenda en silencio, con toda sujeción. No permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio...» (1 Timoteo 2: 11-12).

Recordando que un texto sacado de su contexto es un pretexto, hemos de entender, y creo que lo hemos hecho a lo largo de este ensayo, la posición que tenía la mujer en tal sociedad. Desarrollado en un marco cultural donde esta no tenía derecho a la enseñanza, no conocía la escritura, Pablo sí introduce a la mujer en este círculo de aprendizaje, «la mujer aprenda...»; pero no podemos pretender que alguien “recién llegado” a tales lecturas e instrucciones teológicas y religiosas procure enseñar, sino que entiendo que Pablo considere oportuno dar tal consejo. Antes de ser maestro, hay que ser alumno. Tras adquirir conocimiento no se dice que no pudiesen impartirlo, de hecho ya hemos visto y comentado varios momentos en los que mujeres realizan tareas como la instrucción o profetizan hablando movidas por el Espíritu Santo.

Algunos autores afirman la existencia de rebeliones femeninas en tal iglesia agitada por falsas doctrinas que incluso ellas impartían, desviando así la aprobación de Dios. Estas revueltas incluso se dirigieron contra los hombres rompiendo así con la horizontalidad entre hombre y mujer.

Por otra parte, es un error recurrir solo a ciertos versículos a través de los cuales interpretar el resto de la Palabra, como se hace con frecuencia, en vez de recurrir a toda la información que corporativamente nos ofrecen las Escrituras.

Gálatas 3: 28

Escribe Pablo a la iglesia de Galacia y responde a judaizantes que pretendían perpetuar la vigencia de normas que en Cristo habían quedado superadas: «... porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.» (Gálatas 3: 26-28).

Sentencia lapidaria que arremete contra muchos prejuicios sociales y estamentales, y que muestra el estado de iguales ante los ojos del Dios viviente. Pablo enfatiza que en el bautismo en Cristo un nuevo sistema de valores comienza, en el cual ni las religiones (judío/griego), ni las escalas sociales (esclavo/libre) y ni la sexualidad (hombre/mujer) toman parte de la nueva criatura que se es en Cristo, siendo todos herederos según la promesa.

La noción de llegar a ser una persona en Cristo está posiblemente en referencia a la creación original de la humanidad en la imagen de Dios. En otras palabras, como no había distinción de estatus entre hombre y mujer en la creación original de Dios porque ambos fueron creados a la misma imagen de Dios, tampoco en la redención de Dios porque ambos son recreados en la imagen de Cristo.

Esta interpretación se sostiene en textos paralelos como el de Colosenses, en el cual Pablo dice: «... revestidos de una nueva naturaleza. Conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno, donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni extranjero, esclavo ni libre, sino que Cristo es el todo y en todos» (Colosenses 3: 9-11). También 1 Corintios 12: 12-13 lo apoya. Así, Pablo asegura que todos los cristianos comparten igualmente la restauración de la imagen de Dios a través de Cristo, a pesar de la nacionalidad, religión u orden social. Esto significa que el

³⁹ 1 Timoteo 1: 3-7.

orden de la redención no puede abolir el orden de la creación. Al contrario, la redención pretende restaurar el orden de la creación en la vida humana, esto es, la individualidad del hombre y la mujer con Dios entre ellos.⁴⁰ Siendo tal restauración un punto importante, este apartado debería ser el eje sobre el cual mover el resto de la maquinaria para poder entender los textos. Solo con la mirada de Cristo podemos comprender el valor real de lo que somos, y ya hemos visto que su mirada es igual de amante con unos que con otros. Posiblemente sea esa mirada la que nos falta a la hora de leer su palabra.

Conclusión

Jesús no ha creado una escuela elitista, sino un movimiento de humanidad mesiánica, dirigido por igual a mujeres y varones. Jesús no quiere remendar el viejo manto israelita, ni echar su vino en odres gastados, sino ofrecer un mensaje universal de nuevo nacimiento. No distingue a varones de mujeres, sino que acoge por igual a todos, ofreciéndoles la misma palabra personal del Reino y la misma tarea de servicio a favor de los demás.

Poco más podemos decir. Concluyo con la esperanza de que la próxima vez que escuchemos las palabras mujer, deberes y Biblia sea una sonrisa la que aparezca en nuestro rostro teniendo por seguro que estos conceptos se fundamentan sobre la mayor verdad bíblica, el amor; que Jesús trató con ellas como a iguales, y mucho más, con un mayor cuidado en un contexto tan necesitado oscurecido por el infortunio de nacer mujer; que miremos como Cristo miró y entendamos con su ejemplo cómo nosotros debemos actuar.

Bibliografía

- BACCHIOCCHI, Samuele. *Women in the Church: A Biblical Study on the Role of Women in the Church*. Michigan: Biblical Perspectives, 1987, p. 44-97, 92-97.
- GOWER, Ralph. *Usos y costumbres de los tiempos bíblicos*. Michigan: Editorial Portavoz, 1990, p. 57-60.
- JEREMIAS, Joachim. *Jerusalén en tiempos de Jesús*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1985, p. 371-389.
- LÉON-DUFOUR, Xavier. *Vocabulario de teología bíblica*. Barcelona: Herder S.A., 1996, p. 568-571.
- MAÑAS NUÑEZ, Manuel. Mujer y Sociedad en la Roma imperial del siglo I. *Revista de Historia*, 2003, vol. 16, p. 191-198.
- MOLINA, Bruce J. *El Mundo del Nuevo Testamento: Perspectiva desde la Antropología Cultural*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 1995, p. 13-80, 145-180.
- PIKAZA, Xavier. *Diccionario de la Biblia: Historia y Palabra*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 2007, p. 675-689.
- TEPEDINO, Ana María. *Las discípulas de Jesús*. Madrid: Narcea S.A. de Ediciones, 1990, p. 121-146.
- TUNC, Suzanne. *También las mujeres seguían a Jesús*. Maliaño (Cantabria): Sal Terrae, 1999, p. 9-24.

⁴⁰ BACCHIOCCHI, Samuele, 1987, p. 95